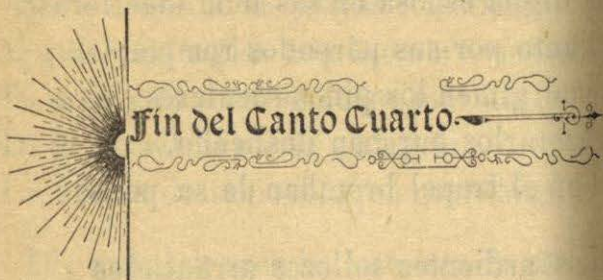
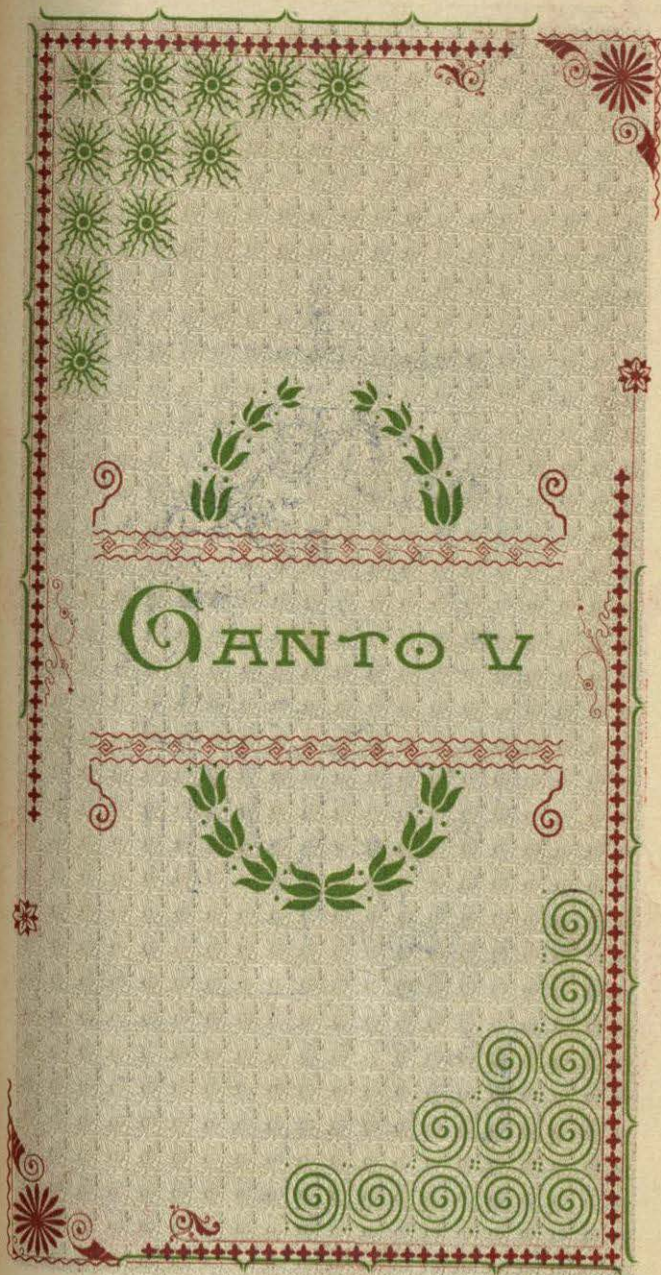


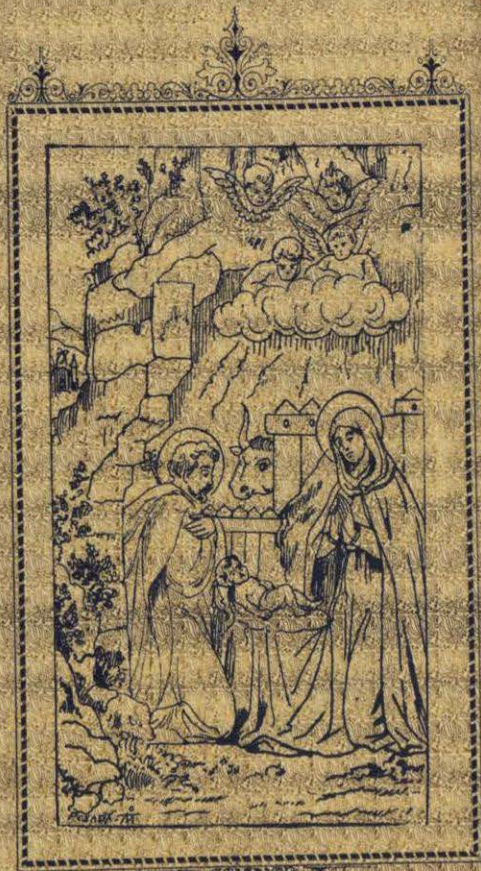
Era la media noche, y todavía
Los rústicos acordes instrumentos
Resonaban con grata melodía,
Y al eco de esos húmidos concertos
Un grupo de querubes respondía
Envuelto entre las ondas de los vientos,
Y sus voces subían á la altura,
Cantando del Patriarca la ventura.



Fin del Canto Cuarto



CANTO V



CARTO V.

Cuando ya sobre el ponto amenazante,
Sobre el profundo abismo, suspendido
Se halla á medio sendero el navegante
Que el espumoso reino ha recorrido,
Solicito, perplejo y vacilante;
Remira, sin embargo, complacido,
Con los ojos y el vago pensamiento
El que ya atrás dejó crudo elemento.

Así ahora también la navecilla
De mi frágil ingenio, aunque se afana,
Lejos aún, por abordar la orilla,
Sigue bogando plácida, y ufana
Hoy mide el surco que romipó su quilla,
Entre el rugir de tempestad lejana;
Y de nuevo, quizá con rumbo incierto,
Tímida tiende al suspirado puerto.

¡Oh Estrella de los mares bramadores!
¡Faro que amor irradias y esperanza!
No me escondas tus nítidos fulgores;
Suene tu dulce voz con que se amansa
Ese monstruo y olvida sus furoros:
Y si ya no me arredra su pujanza,
Haz también que en sus senos maliciosos
Sirtes no halle y escollos insidiosos.

Acuérdate que ayer el bardo tuyo
Era informe crisálida, que apenas
Los tejidos rompió de su capullo;
Y hora á las auras diáfanas, serenas
De otros mundos sin lanza sin orgullo,
Flores buscando, de ese néctar llenas,
De ese vital purísimo rocío
Que no siente los hielos ni el estío.

Del Tiber recostada en la ribera,
En medio de lauríferos collados,
Descansa en su ativez Roma guerrera,
A los pueblos del orbe encadenados
Viendo gemir bajo su planta fiera;
Los vencidos monarcas destronados,
Roto su cetro, roto el manto, lloran,
Y de esa reina la clemencia imploran.

Las águilas romúleas su alto vuelo
Tienden por todo el orbe; su arrogante
Pupila mide el conquistado suelo
Y el vastísimo olimpo fulgurante,
Y en su triunfo se huelgan sin recelo:
El auriga de Febo rutilante
Jamás desenjaeza sus bridones
De ese imperio tan vasto en las regiones.

El mismo Rey de reyes sostenía
Con su diestra las bases del coloso
A cuya voz un mundo respondía,
Porque sobre él más tarde el Poderoso
A su Verbo humanado formaría
De su alto trono el pedestal glorioso,
Y desde allí la humanidad entera
Dócil la voz de la verdad oyera.

Pero ese gran coloso coagmentado
De tantos y contrarios elementos,
Ya encerraba en su vientre agigantado
Mil destructores gérmenes violentos:
Cual nubarrón infausto, que preñado
De granizos de rayos y de vientos,
Aborta las rugientes tempestades,
Que arrancan de sus quicios las ciudades.

Por tanto el Rey de las celestes playas
Quiere á tiempo impedir esa gran ruina,
Cimentando de Roma las murallas;
Y mandar á la tierra determina
Al ángel que gobierna las batallas,
Y en falanges y ejércitos domina:
Le ordena que á la Guerra él encadene,
Y á la Discordia indómita refrene,

Que subyugue los pechos ambiciosos,
Que sofoque los bélicos clamores,
Y esparza entre los pueblos numerosos
De la paz los benéficos amores:
Oyó el angel los ecos imperiosos,
Y dejando del cielo los fulgores,
Se precipita á la terrestre esfera
En actitud amenazante y fiera.

Medía la inmensidad con su mirada,
Llena de rayos, ondulaba al viento
La ardiente cabellera ensangrentada,
Cual de rojo cometa turbulento;
Era su adusta faz tan inflamada,
Que á la celeste Sión pedía sediento
Le enviara de sus fértiles colinas
Alguna de sus auras peregrinas.

En medio de ambos mares que asociarse
Con el déspota oceano han desdeñado,
En ademán altivo, levantarse
Se mira el alto Cáucaso escarpado
Que lucha, hasta el zenit por empinarse,
Amenazando al piélago humillado,
Y de sus negros flancos desiguales
Beben el Ciro y Fásis sus caudales.

Al pie del monte, entre uno y otro río,
Ceñido de cardales y altas rocas
Abrese un antro tétrico y sombrío:
Ebrias de muerte y de cruel ira locas,
Allí ejercen su odioso poderío
La Guerra y la Discordia, cuyas bocas
Férvida sangre beben á torrentes
De las humanas víctimas dolientes.

Los marciales clarines y atambores
Aquel vasto recinto siempre atruenan;
Y entre los roncós ayes y clamores
De los vencidos, en reedor resuenan
Los gritos de los crueles vencedores
Que los dominios de la muerte llenan;
Y aquí y allí las rotas armaduras
Cuelgan de aquellas bóvedas oscuras.

El caudaloso Tigris y el Eufrates
Que fecundan vastísimas regiones,
Vieron por vez primera en los combates
Destrozarse los pueblos y naciones.
Hasta la falda umbrosa del Nifates
El robusto Nemrod guió sus legiones,
Dejando á Babilonia la altanera
Del Eufrates sentada en la ribera.

Esa fatal semilla, que sembrada
Dejó allí la ambición, y por la Guerra
Fue con afán materno fecundada;
Rauda siguió cundiendo por la tierra
De sangre y de cadáveres regada:
Esa mazmorra desde entonces encierra
Ambos genios del mal, cuyo dominio
Se asienta sobre ruinas y exterminio.

Mas toda voz ahogóse de repente,
Los roncós lituos bélicos callaron;
La Guerra incorporose prontamente,
Y las hórridas sierpes se erizaron
De la Discordia en la sañuda frente;
Repentinos fulgores alumbraron
La enorme gruta tenebrosa, y luego
Abdiel penetra respirando fuego:

Y como el tigre arrójase á su presa,
Y clávale feroz la zarpa aguda;
Así el Angel, hiriendo la cabeza
De aquella Furia, en las matanzas cruda,
Derríbala cual torre ó fortaleza,
Sin que la otra á defenderla acuda,
Pues vencida también, se retorció,
Y sus hidras silbantes sacudía.

Con cadenas y nervios retorcidos
Les ata el cuello y las velludas manos;
Y sin cuidar sus roncós alaridos,
Intima los decretos soberanos,
Y prohíbe á esos monstruos aguerridos
El pecho atosigar de los humanos
Hasta que no se cumplan puntualmente
Los designios del mismo Omnipotente.

Habló el Angel belígero, y la espada
Que destrozara ejércitos enteros
Cuando se vió Salém amenazada
Por los Asirios belicosos, fieros,
Hundió dentro la vaina ensangrentada;
Y batiendo entre ardientes reverberos
Sus alas fulgurantes, cual topacio,
Vasta región midió por el espacio;

Y sobre el alto Capitolio erguido
De cuya cumbre la terrible Roma
Truena á la faz del orbe adormecido,
Y á las naciones de la esfera doma,
Su planta puso. Todo sumergido
Está en hondo silencio: apenas asoma
Entre las densas brumas nocturnales
La Amazona sus miembros colosales:

El Angel la saluda, y de este modo
Se hace su voz oír: "Duerme oh guerrera,
Reina del orbe, duerme; el mundo todo
A tí rendido, una señal espera:
Ni el Escita, ni el Sárмата, ni el Godo,
Ni el más bárbaro pueblo de la esfera
Turbar intentará tu noble sueño,
Ni provocar del león el torvo ceño.

"Duerme en paz, de tus ínclitos laureles
Bajo la sombra, entre los mil trofeos
Que son tus valiosísimos joyeles:
Tuyos son los selvosos Pireneos,
Tuya la patria de Platón y Apeles;
El Himaón, el Tauro y los Rifeos,
Y el encorvado gigantesco Atlante
Hacen ondear tu enseña rutilante.

"El Dios de los ejércitos ha armado
Tu diestra de sus rayos vengadores;
Los tronos á tus plantas han rodado,
Y sobre ellos, ceñido de fulgores,
El tuyo sin igual se ha levantado,
Desafiando á los siglos voladores:
Dora tu real diadema el sol ardiente
Al nacer, y al morir en el poniente.

"Mas oye los destinos inmutables
Que te anuncia el Eterno por mi boca:
No te llenen tus triunfos incontables
De necio orgullo y arrogancia loca;
Son tus glorias caducas, deleznales:
Y cual hinchado río que se desboca,
Pasarán raudos tus gloriosos días,
Y en dolor trocarás tus alegrías.

"Al pie de las montañas de Judea
En un rincón obscuro y escondido,
Yace una humilde solitaria aldea
Que, sacudiendo el polvo del olvido,
Contigo va á trabar noble pelea:
Por todo el universo á tí rendido,
Ella, brindando de verdad los dones,
Subyugará los pueblos y naciones;

“Y esparciendo los rayos luminosos
Por los ámbitos vastos de la esfera,
Derrocará los reinos tenebrosos
En que el error y la maldad impera:
Los monarcas y sabios orgullosos
Al torrente oponer débil trinchera
Intentarán con locos devaneos,
Y arrollados caerán como pigmeos.

“De ese gran foco un haz vivificante
Vendrá á herir, cual relámpago tus ojos,
Y abatirá tu frente, aunque arrogante:
Tu desnudez te causará sonrojos;
Y, pobre conociéndote é ignorante,
Piedad implorarás. Mas los enojos
De un gran déspota entonces provocando,
Y su rabia dormida despertando:

“Sentirás tus entrañas agitarse,
Por un áspid tartáreo emponzoñadas
Y tu mente frenética turbarse,
(Porque creeras tus glorias ofuscadas)
Y tu trono de pórvido cimbrarse
Sobre sus áureas ponderosas gradas,
Y entonces, asociándote al Averno,
Tu diestra elevarás contra el Eterno.

“Cual sierpe triturada en el camino
Por férreo disco de pesada rueda,
Y como ruje hinchado torbellino;
Tu saña cruel, sin que menguarse pueda,
Revolverse contra el plan divino,
De donde el hombre su grandeza hereda:
Sangre inocente verterás á mares,
E inundarás los templos y los lares.

“¡Pero tú misma labrarás tu ruina!
Como la lava del volcán ardiente,
La sangre de esa atroz carnificina
Vendrá á caer en tu soberbia frente;
Estallará la cólera divina,
Y tu brazo armarás inútilmente
Por defender tu cetro y tu diadema,
Que se te escapa en tu agonía suprema.

“Veo el nebuloso septentrión airado
Contra tí vomitar hordas salvajes:
Ni el Remo ni el Borístenes helado,
Ni el Vístula que encrespa sus oleajes
Esa rápida marcha han retardado:
A tu faz misma arrojarán ultrajes;
Y al golpe asolador de la picota,
Caerá tu trono, cual columna rota.

“Ya derrumbarse miro tus palacios
Al fiero empuje, con terrible estruendo;
Y de circos y teatros los espacios
Un cúmulo de ruinas oprimiendo:
Y la que antes ceñida de topacios,
En lecho de oro y de marfil durmiendo,
Se embriagaba de goces y delicias,
Hoy se arrastra entre fangos é inmundicias.

“Sacudirán los pueblos su cabeza
Tu angustia al ver, y exclamarán pasmados:
¿Es esta aquella reina que en grandeza,
Los siglos eclipsara, y cautivados
A los pueblos tenía con su belleza,
Y sentada en sus ínclitos collados
Era del universo la alegría,
Y ahora se revuelve en su agonía?

“Mas no ha de ser tu ruina irreparable,
Hija del trueno, no serás raída
Como fué Babilonia miserable,
Como Nínive y Suna. A nueva vida
Te llamará el Eterno, el Inmutable,
Y otra vez alzarás tu frente erguida:
Como el fénix, del rogo se levanta,
Bate sus alas y su triunfo canta;

“Así también, de tu ceniza fría
Tú te levantarás regenerada:
De tus deidades la caterva impía
Será de sus altares derribada;
Y del vicio y error la noche umbría
Que hoy envuelta te tiene y sojuzgada,
Romperse la has de ver en mil girones,
Y la faz despejar de las naciones.

“Será el mundo otra vez tu vasto imperio;
A tu voz callará la vasta esfera;
Y ejerciendo un divino ministerio,
Tú serás de verdad la gran lumbrera,
Firme columna, eterno magisterio:
Vencerás de los siglos la carrera;
Serás tú del Averno la intangible,
Y al reino del error siempre terrible.

“Verás hundirse reinos y ciudades
Envueltos en confuso torbellino,
Chocar y atropellarse las edades
Pueblos mil arrollando en su camino,
Y otros surgir de vastas soledades:
Mas tú firme estarás como el destino,
Y desde tu alto trono sin segundo,
Verás arder y desplomarse el mundo,”

Los acentos del Angel resonaron
Por las siete colinas, que orgullosas
Al oír sus grandezas, retemblaron,
Y las ondas del Tíber tumultuosas
Blanquísimos penachos levantaron,
Mientras el Angel sus alas ponderosas
De nuevo entre las sombras agitaba,
Y al estrellado azul se remontaba.

Entre tanto la Paz en blanca veste,
Coronada de oliva y azahares,
Bajaba ya de la región celeste
A esparcir sus tesoros á millares
Sobre la tierra, para que se apreste
A recibir los dones singulares
De que pronto su Dios la colmaría,
Quien "Príncipe de paz" se llamaría.

Al paso de esa diosa reverdecen
Los campos, los oteros, y ondulantes
Aureas espigas por doquier se mecen;
Las juncias y los cálamos fragantes
En las cavernas y barrancos crecen,
Y dan miel las encinas resonantes;
Quietas, tranquilas pacen las ovejas,
Huye el tigre aguzando sus orejas:

Las Artes y las Ciencias enlazadas
De la mano, le forman su cortejo,
Y urden alegres danzas concertadas:
Ya la cota se trueca en zagalejo;
Y las sangrientas hórridas espadas
Son la rejas que esconden el arvejo;
Y de la Paz al canto, los humanos
Se estrechan cordialmente como hermanos.

Ya se acercaba el venturoso día
En que la tierra al fin se despertara
Del funesto letargo en que yacía,
Y esa niebla fatal se disipara.
El Eterno, en su gran sabiduría,
De un gran monarca el ánimo prepara;
A éste, cual ministro, El ha escogido
Para que todo á un fin sea dirigido.

Augusto, el César, cuya planta besa
Todo el país que el cielo azul cobija,
Es el alma del mundo y la cabeza:
Su arrogante mirada tiene fija
De su inmenso dominio en la grandeza,
Rendido al fin por lucha tan prolija;
Y de un vértigo ardiente arrebatado,
Manda sea el universo empadronado.